

# JOSE ANTONIO ALZOLA

## Renteriano del mundo

Puri GUTIERREZ



Desde la tristeza, porque ya no está con nosotros, vengo a hablarlos de un renteriano, de un amigo, que en pocos días nos ha sido arrebatado por taimada y cruel enfermedad.

José Antonio Alzola Martínez de Luna nació en nuestro txoko por los años treinta y pocos, y como todos los chicos de aquella generación perteneció a "Los Luises" y hasta jugó en el equipo de fútbol de la Congregación que creo se llama "La Inmaculada". Estudió en las Escuelas de Viteri y en el Colegio del Sagrado Corazón y también fué alumno de la Escuela Nocturna de Formación Profesional. Años más tarde estudiaría en la Sorbona de París Ciencias Sociales del Trabajo, pero fue su propia vida la que le formó como persona sensible y responsable, al contacto con la realidad humana que le tocó vivir.

A los catorce años entra en Luzuriaga como aprendiz de caldería y acaba ejerciendo como delineante de primera. Joven y generoso, como suele serlo la juventud, pronto se entregó a un ideal compartido entonces por muchos y muchas jóvenes en todo el mundo: dignificar la clase obrera.

Un cura belga, Monseñor Cardjin, partiendo del Movimiento de Acción Católica había fundado la JOC (Juventud Obrera Cristiana) y aquella semilla que se iba esparciendo por todo el

mundo encontró en nuestro pueblo un terreno fértil, ya que numerosos renterianos participaron en aquel Movimiento e incluso fueron varios los que se responsabilizaron de cargos de dirección no sólo a nivel local, sino provincial, nacional e incluso internacional.

Uno de ellos fue José Antonio Alzola. Entregándose más y más cada día, la JOC le fue pidiendo su tiempo y su valor desde que en el año 1952 la conociera.

De la presidencia de la JOC renteriana pasó a la presidencia diocesana de Guipúzcoa y entre 1958 y 1962 fue presidente nacional. Al año siguiente formaba parte del Comité Ejecutivo Internacional de la JOC y durante cinco años, como participante del Secretariado Internacional que se hallaba en Bruselas, se responsabilizó de servicios internacionales de Formación y Ayuda Mutua y de Formación Cultural y Profesional de los españoles emigrados en Francia.

De los años juveniles en el txoko le recuerdo como un excelente amigo lleno de buen humor en aquellas excursiones por los montes vecinos. Y al amparo de aquel balbuceo del movimiento jocista, en los encuentros con jóvenes de otras regiones de España y hasta en alguna convivencia internacional, como la que tuvimos en el castillo de Hendaya, donde por vez primera vi de cerca jóvenes africanos y escuché sus pausadas y reiterativas canciones de la selva.

En su etapa como presidente nacional vivía en un viejo piso cerca del Retiro madrileño, compartido con otros responsables nacionales, ocupando una pieza que servía de despacho, dormitorio y recibidor. Comiendo en uno de los más humildes restaurantes del viejo Madrid, un plato de alubias como entrada y un plato de alubias como final. El sueldo que ganaba no le permitía más lujos y él era un chicarrón del Norte con gran apetito.

De los tiempos en que yo estuve en Madrid, dirigiendo aquel periódico femenino llamado "Juventud y Trabajo", no podré olvidar las reuniones en la azotea de la casa de la Iglesia en la calle Alfonso XI, detrás del Palacio de Comunicaciones, cuando alguna asamblea daba ocasión para el encuentro entre responsables de toda España, y surgían canciones de todas las regiones y la emoción fluía cuando entonábamos alguna en euskera o se atacaba un poco la voz al susurrar el "Montañas de Guipúzcoa... feliz el día que os vuelva a ver..."

José Antonio volvió, sí, muchas veces al txoko. Le gustaba hacerlo por Magdalenas, por Navidad... pero Rentería tuvo que perderle un poco, en beneficio de su apertura al mundo, el cual tuvo que recorrer en razón de sus responsabilidades. Portugal, Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Suiza, Gran Bretaña, Alemania, Austria, Marruecos, Argelia, Túnez, Tanzania, Zaire, Congo Brazaville, Camerún, Egipto, Líbano, Pakistán, India, Tailandia, Canadá, E.E.U.U., Brasil, Uruguay,



Jocistas renterianos en el Colegio Español en Roma.  
En el centro, sentado en el suelo José Antonio Alzola

Argentina, Chile, Ecuador, Panamá, Curaçao, Venezuela... fueron destino en sus múltiples misiones de desarrollo de aquel movimiento juvenil. Igualmente participó en misiones ante la OIT, la UNESCO, el Consejo de Europa o el Vaticano. Era un vecino nuestro del que nos sentíamos orgullosos. Trabajador incansable que poseía dos importantes valores para ello: capacidad y responsabilidad.

Por otra parte, estoy convencida que la formación de su personalidad, como la de otros muchos y muchas jóvenes tuvo su origen en la misma JOC y en su método de formación de la persona a través de la "Revisión de vida". Resultaba admirable asistir a aquellas reuniones donde jóvenes sin estudios ni cultura poseían la capacidad de desentrañar hasta el fondo hechos o situaciones auténticas utilizando un método que pasaba por tres etapas básicas: ver, juzgar y actuar. Todos los chicos y chicas que conocí entonces, que aprendieron a pensar de esta manera, acrecentaron su personalidad, elevaron su cultura, adquirieron responsabilidades y puestos de trabajo superiores y muchos de ellos ocupan hoy puestos rectores en la sociedad.

Creo también que aquella marea de la Acción Católica Obrera -junto a otros movimientos simultáneos como la Acción Católica Rural o la de Estudiantes- contribuyeron, en gran medida, a cambiar muchos esquemas. Antes, un trabajador del campo o de la fábrica, él mismo, se sentía inferior. El descubrir su dignidad como persona fue un estímulo de superación que ha contribuido a difuminar la diferencia que existía entre las clases sociales.

En el funeral de José Antonio Alzola comentaba un guipuzcoa-

no de origen baserritarra que hoy ocupa un puesto importante en Euzkadi: "Gracias a las becas que Alzola nos gestionó para estudiar en la Universidad de Lovaina..."

Otros, recordando su etapa de emigrantes en Francia, experiencia compartida por muchísimos hombres y mujeres de los años sesenta, comentaban: "Su casa estaba abierta para todos. En las fiestas, sobre todo en Navidades, el suelo se llenaba de colchonetas para acoger a algunos de los que no podían ir a su casa en aquellos días entrañables..."

Lo mismo se puede decir de su casa en Rentería, la que dejó en plena juventud para incorporarse a tan altas responsabilidades. Sus padres y hermanos acogían siempre cordialmente a responsables jocistas de cualquier país que en sus viajes pasaban por la frontera de Irún, y que deben guardar un buen recuerdo de la hospitalidad de nuestro txoko.

Aquella etapa de efervescencia juvenil obrera a la que nuestro pueblo tanto contribuyó con la aportación de varios dirigentes, etapa de generosidad y sacrificio, de reflexión y de lucha, etapa de positivos frutos para la sociedad de hoy, quizá para quien fué menos rentable es para la Iglesia Católica en cuyo seno había nacido. Los jóvenes, al aprender a pensar se habían vuelto críticos. Y querían correr, mientras la Iglesia con el peso de los siglos llevaba un ritmo más lento y se fue quedando atrás, perdiendo gran parte de aquel interesante material humano.

De vuelta José Antonio Alzola a Madrid, su inquietud por la clase obrera le empujó hacia movimientos sindicales y ciudadanos, participando en el barrio de Aluche, donde vivía, en la fun-

dación de la Asociación de Vecinos y de Centros Culturales para niños y mayores.

En las empresas donde trabajó siempre alcanzaba puestos de responsabilidad y siempre que cambió de trabajo lo hizo -como el mismo decía- por voluntad propia.

Cierto que el José Antonio Alzola adulto se había perdido un poco para el txoko, que la gente joven ya no lo reconocía cuando venía por Navidad o Magdalenas... Nosotros, los de su gene-

ración, sí. Le admirábamos y le queríamos, pero este año ha faltado a la cita. Ahora sí que le hemos perdido del todo...

Queda, eso sí, lo que juntos construimos los jóvenes católicos obreros renterianos unidos a millones de jóvenes de todo el mundo: una nueva concepción de la dignidad obrera y de los derechos que antaño se le negaban.

Haber contribuido a ello es un hermoso broche para sellar una vida.



Jocistas guipuzcoanos bailando la "Sagar-dantza" en la plaza de San Pedro del Vaticano con motivo de la concentración mundial del año 1957.